

## LIBROS

## CRÍTICAS

José GARCÍA, Antonio ESPINO, Ladislao LARA, *La Psiquiatría en la España de fin de siglo*, Madrid, Díaz de Santos, 1998.

Merece la pena leer este libro porque reúne un conjunto de valiosos artículos y algunos extensos análisis sobre el desarrollo de la reforma de la asistencia psiquiátrica en nuestro país en los últimos decenios, escritos por varios de sus principales protagonistas.

El libro está separado en varios grandes apartados: 1) Antecedentes; 2) Nuevas exigencias en la atención a la salud mental, con otros dos subapartados: a) fundamentos y bases de la reforma y b) la transformación de las instituciones psiquiátricas; 3) Nuevos retos en la atención al enfermo mental: a) salud mental y atención primaria, b) la interrelación entre los servicios sanitarios y sociales, c) el derecho al trabajo del enfermo mental y d) organizaciones ciudadanas y salud mental; 4) Recursos humanos y costes de la reforma, y finalmente otro dedicado a 5) Cambios psiquiátricos en España y América Latina.

El conjunto del trabajo lo componen 23 capítulos, escritos por los autores que coordinan el libro y por otros, todos de reconocida experiencia y protagonismo en los procesos de reforma psiquiátrica de nuestro país, como Marcelino López Álvarez, Margarita Laviana, Begoña Olabarría, Augusto López Krahe, Teresa Suárez, Juan Casco, Valentín Corcés, Blanca Heras, Javier Montejo o María Eugenia Díez, por un conjunto de técnicos, sociólogos o economistas como Cecilia Weismann, Federico Benítez, María José Rodríguez Borrego y Carlos Arias, además del director técnico de la Once, Miguel Ángel Cabra, que dedica un capítulo al papel de las organizacio-

nes no gubernamentales en la salud mental, Lydia Dougoud, que se ocupa de las asociaciones de familiares de enfermos mentales y los asesores de la Organización Panamericana de la Salud, René González e Itzhak Levav, que hacen el capítulo final, que titulan, «Dos movimientos paralelos: las reformas en la atención psiquiátrica en América Latina y en España».

Como el lector habrá adivinado ya, por la lista de autores del libro, éste se centra principalmente y en extensión, en las reformas psiquiátricas de Asturias, Andalucía y Madrid, con todas las ventajas y los inconvenientes que ello supone. El principal de ellos, el de no responder al título del libro, porque en él se aborda muy superficialmente el estado de la asistencia psiquiátrica de las demás autonomías en esta España de fin de siglo, y nos seguimos quedando con el deseo de conocer buenos análisis de lo que ocurre en Cataluña o en el País Vasco, de la marcha de reformas psiquiátricas adelantadas como la navarra o atrasadas como la extremeña. Y echamos en falta el necesario estudio comparativo entre los servicios asistenciales y los procesos de reformas de las diversas Comunidades autónomas españolas para saber cuáles son los factores más relevantes que han podido influir y están influyendo en unas y otras.

Como compensación tenemos detallada documentación y análisis de tres avanzadas reformas psiquiátricas del país, como son Asturias, Andalucía y, con sus propias y peculiares dificultades de Comunidad con una gran ciudad, Madrid. Las tres son analizadas por autores que han sido, en algún momento, promotores y responsables de las mismas. Algunos podrían argüir que les falta objetividad, pero ya habrá quienes tengan distancia y perspectiva para hacerlo así.

Ellos no sólo son autores de unos capí-

tulos de un libro, son autores de unos importantes procesos de reforma en los servicios de asistencia psiquiátrica españoles. Les sobra conocimiento, dedicación, interés, han motivado a cientos de profesionales y han vivido el día a día de la dinámica que obstaculiza o posibilita el cambio. Esto es lo que hace más valiosos sus análisis.

Ofrecen los datos de los cambios de demandas o de desinstitucionalizaciones asilares que fueron las coordinadas de su labor, o de los recursos humanos e institucionales, que probablemente no existirían sin su esfuerzo. Son a la vez analistas y líderes de transformaciones psiquiátricas reconocidas. Eso es lo que da importancia a su testimonio. Y aunque algunas veces ocurra, que ellos mismos no sean o hayan sido objetivos, ni generosos, con quienes les precedieron o sucedieron, nuestra actitud hacia quienes han generado los cambios de la asistencia psiquiátrica de este país no puede ser miserable o ingrata.

Ni tampoco acrítica. Este es un buen libro para un debate sobre la Psiquiatría en la España de fin de siglo. En él, además del análisis detallado de las reformas psiquiátricas citadas, hay otro muy general sobre todo el país. Y hay materiales abundantes de casi todo. De legislación, ordenación político-administrativa, organización, economía de los servicios, formación especializada de profesionales, recursos de apoyo social y de integración social y laboral, asociaciones de familiares, posibilidades de las organizaciones no gubernamentales, modelos de atención en general y al paciente crónico en particular, relaciones con atención primaria y servicios sociales, etc., etc.

Y digo que hay abundantes materiales de casi todo, porque falta por ejemplo, muy llamativamente, el análisis de las revistas profesionales y de la producción científica,

el de la psiquiatría académica y especialmente el de las asociaciones profesionales, y concretamente el de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, cuya evolución es, a mi juicio, muy importante para entender el origen y el desarrollo de la reforma psiquiátrica en España.

El trabajo no sólo es abundante en datos y documentos sobre muy variados aspectos de la asistencia psiquiátrica española sino en observaciones, reflexiones y cuestionamientos de lo que estamos haciendo y hemos hecho en nuestro proceso de cambio. Aborda las críticas y las insuficiencias de la atención comunitaria en salud mental y los desajustes entre la desinstitucionalización y la creación de servicios alternativos o los problemas de la integración de la salud mental en la atención primaria y los derivados de la formación de especialistas.

Contiene experiencia práctica, historia reciente y los debates más relevantes. También se ocupa de la teoría y el conocimiento que propician los nuevos servicios comunitarios, en un capítulo magnífico, desgraciadamente breve, de la pluma de Pepe García, sobre la epistemología de lo psicosocial, sobre el conocimiento científico tras la transformación psiquiátrica comunitaria.

Porque el importante cambio hacia la organización comunitaria que se ha producido en la asistencia psiquiátrica española en los últimos veinte años es innegable. Hemos pasado de la organización y la ideología asilar, entonces dominante, contra la que luchamos, a la organización e ideología comunitaria dominante en la actualidad. Lo demuestran con amplitud y extensión los autores de este libro, que es una aportación imprescindible al conocimiento de nuestra psiquiatría comunitaria.

Y ocurre en la psiquiatría, y en la psi-

quiatria comunitaria, lo que en otros campos de la realidad social. Cuando las ideologías se van haciendo dominantes, se van volviendo socialmente invisibles. Hasta para un observador tan inteligente y perspicaz como Castilla del Pino, que en el prólogo, destaca la objetividad, sinceridad y honestidad de los autores y el carácter «estrictamente técnico» y «aideológico» del libro.

Manuel González Chávez

Manuel UTRILLA, *¿Son posibles las terapias en las instituciones? Estudio situacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

Las excitaciones que no pueden metabolizarse son fuentes, a su vez, de nuevas excitaciones y representan frenos importantes para la elaboración, por lo que su aumento puede significar el mantenimiento de los estados regresivos, de las fijaciones y en una palabra, el empobrecimiento de la actividad mental.

Así, la autora no concibe la evolución de un individuo como un proceso de cambio espontáneo, sino como productos de las experiencias elaboradas, de manera que las experiencias que un niño hace de la prioridad que el adulto le da, le sugieren placeres o displaceres diferentes, que luego generarán fantasías para perpetuarlos. Las experiencias estarían compuestas de sensaciones y palabras que les darían forma y sentido (elaboración). Las experiencias elaboradas serían pues los motores de la evolución.

Y nos refiere cómo las experiencias dependen también de las situaciones relacionales que se generan en el seno de la familia.

Sin embargo, aunque considera las experiencias como motores de la evolu-

ción, no habría que deducir que el ambiente, el entorno, fuera el que predeterminara el desarrollo del individuo, ya que según la autora no es así. Motor significa suscitar, y la actividad psíquica tiene sus propios investimentos que pueden ser solicitados para su puesta en marcha.

Cada situación puede ser portadora de un quantum de excitabilidad y la trama situacional, compuesta por investimentos diferenciales de un grupo de individuos, crearía una atmósfera. La atmósfera la constituiría el quantum de excitabilidad dispuesto a suscitar una actividad psíquica que correspondería al grado de investimento de cada individuo.

Así que veríamos una relación entre lo situacional y la identificación, que la autora nos refiere a través de Freud, cuando decía que el investimento pulsional es la primera forma de identificación.

Con respecto a los procesos institucionales, tema del que Manuela Utrilla se ocupa desde hace años, los define como los movimientos psíquicos inconscientes de las personas que trabajan en las instituciones y de los que se desprenden denominadores comunes como la sumisión, la simbiosis, la confusión y la robotización.

Ella nos refiere que el poder detectar las características de los procesos descritos, compartirlos con los colegas, y más tarde elaborarlos en los grupos, proporciona una dimensión al trabajo en la institución por la que los especialistas pueden comprender mejor la situación en la que se encuentran los consultantes, y ayudarles a su vez a tomar conciencia de su participación en la misma trayectoria pero en situaciones diferentes (familia, escuela, trabajo, etc.).

Así que la autora nos propone luchar contra la tendencia de las instituciones a la robotización y a la esterilización del traba-

jo. Habría que poner en marcha las elaboraciones individuales, grupales e institucionales, cambiando de manera radical la manera de trabajar. El cambio sería conceptualizado a través del estudio situacional, que implica estudiar la situación del especialista en el seno de la institución antes de estudiar la situación de las consultantes, como primera trayectoria.

Estudiar la situación implica no solamente un cambio en la manera de proceder, sino un esfuerzo para precisar las finalidades terapéuticas como segunda trayectoria. Y estudiar la situación en vez de los individuos, como tercera trayectoria.

La Dra. Utrilla precisa que el estudio situacional no es una respuesta terapéutica, ni la solución a los complejos problemas de la psiquiatría, sino un intento de elaborar ciertas situaciones para que surjan alternativas de respuestas más adecuadas que cuando son producto del desconocimiento o la improvisación inconsciente.

Con respecto al poder en las instituciones, nos recuerda la autora cómo los sistemas primitivos de convivencia se asientan a partir de los ritos sacrificiales que adquieren formas distintas como equivalentes simbólicos: sacrificar a los más individualistas, hacer sufrir a los que critican el sistema, torturar a los independientes.

Las relaciones adquieren así un valor persecutorio defensivo donde los más fuertes (los más primitivos) son respetados y temidos.

Estos sistemas se situarían muy lejos de las organizaciones deseables, estructuradas bajo formas de compromisos, negociaciones, investigaciones y evoluciones que deberían presidir las macroinstituciones llamadas elaborativas, porque desde la máxima jerarquía hasta los componentes del equipo, todos estarían dispuestos a rea-

lizar un trabajo de investigación y pedir, si fuera necesario, un análisis institucional que les ayudara a resituarse.

En la descripción del ejercicio del poder en algunas instituciones hace una comparación con fantasías de la fase anal en las que la retención y la expulsión serían modalidades más matizadas que la omnipotencia oral, ya que en la dialéctica dentro-fuera el poder se diversifica: cuando está dentro puede conservarse, cuando está fuera puede perderse. Esta amenaza de pérdida resquebraja la sensación de omnipotencia y agudiza la desconfianza.

Describe la pasividad, la actividad, las expresiones homosexuales, y las valoraciones narcisistas como actitudes manipuladoras que se usarán para llevar a cabo el ejercicio del poder.

Según la autora, las expresiones de homosexualidad latente son muy comunes en todas las instituciones, y más particularmente en los hombres, que empiezan a entenderse excesivamente bien entre ellos (las mujeres serían esos chivos expiatorios que habría que excluir), excitándose por la palabra o por los gestos, y favoreciendo un clima enrarecido de placer compartido. Estas expresiones corresponderían a regresiones a la fase anal llamada homosexual, en las que el niño desea que el padre le penetre para darle fuerza.

Con respecto a las valoraciones narcisistas, encontraremos en el dominante el deseo de posesión, de centrar toda la atención sobre él para que se le aprecie como el más fuerte, aspectos que han recibido el nombre de narcisismo, para indicar un excesivo amor hacia sí mismo que está al servicio de los deseos de omnipotencia (ser el más fuerte, el mejor y el más poderoso).

Siendo pesimistas, podríamos pensar que las previsiones de J. Bleger (institucio-

nes muertas, robotizadas e inoperantes) parecerían ser el destino de todas las instituciones, pero Manuela Utrilla nos recuerda que «cuando una persona piensa, el mundo se pone a temblar». Así que esa cadena de apariencia trágica podría interrumpirse pensando.

Pensar sería sinónimo de elaborar, intentar comprender la relación entre las imprecisiones de funciones y el poder dominante, vislumbrar las posibilidades de limitarse, hacer investigaciones, comprender las demandas, estudiar las situaciones, etc.

En cuanto a la formación que un jefe debe tener, desde esta perspectiva situacional y del poder para transmitir, es la de poseer conocimientos sobre los procesos individuales, grupales e institucionales, haber tenido experiencia en estos tres campos y haber practicado las elaboraciones.

Desde su punto de vista no se trataría de una personalidad especial para dirigir, como se piensa desde la perspectiva primitiva dominante, como si fuera una personalidad innata o en estado de gracia que sólo unos privilegiados podrían desarrollar; sino de una persona que hubiera adquirido una formación que constituya un conjunto de conocimientos y experiencias que puedan ayudarle para la consecución de una tarea: la tarea del ejercicio de coordinador-formador.

Para terminar, Manuela nos habla de cómo la ciencia psicoanalítica en las circunstancias institucionales descritas, no puede ser utilizada para ejercer el psicoanálisis, sino para comprender las situaciones.

Los conocimientos psicoanalíticos se transformarían en metodología de trabajo cuando se contemplan los equilibrios y desequilibrios entre los medios utilizados, las condiciones en las que se trabaja y las finalidades propuestas.

Su propuesta de estudio situacional sería un conjunto de reflexiones pluridimensionales, que tendrían en cuenta los parámetros del funcionamiento mental, así como los conocimientos sobre dinámicas grupales e institucionales. Esto nos obligaría a estudiar la situación del propio especialista antes de estudiar la situación de los consultantes.

El poder para dominar, que constituye la trama constante de cualquier actividad institucional, podría transformarse, gracias a las actividades de investigación, reflexión y elaboración, en poder para transmitir, insertado en cualquier actividad terapéutica.

El terapeuta podría entonces identificarse a los demandantes y «gracias a su capacidad elaborativa, suscitar el interés por el funcionamiento mental, por la elaboración y, en suma, la desalienación, elementos básicos del sentimiento de libertad».

He intentado entresacar algunos de los conceptos que Manuela Utrilla desarrolla en este libro, y espero que pueda ser útil para todos los profesionales que trabajamos en las instituciones. Yo conozco su pensamiento desde hace años y siempre la he animado para que publicara este texto ya que me parecía que nos aportaría alguna claridad en la confusión en la que nos movemos en las instituciones. Además, desde hace un tiempo, cuando nos escuchamos en presentaciones públicas, parece que todos estamos extraordinariamente cansados de nuestro trabajo. Yo creo que lo que más nos cansa es la confusión y la pérdida de horizontes. A mí conocer el pensamiento de M. Utrilla me ha ayudado mucho, también a mucha otra gente y espero que nos siga enriqueciendo en próximas publicaciones.

Elena Trigueros VV.AA., *El síntoma charlatán*, Barcelona, Paidós, 1998.

Es el título de los textos reunidos por la Fundación del Campo Freudiano como documento de trabajo preparatorio del X encuentro sobre «Partenaire-síntoma» realizado en Barcelona en julio pasado. Consta de 52 textos escritos por miembros de las cinco escuelas de la AMP: École de la Cause Freudienne de Francia y Bélgica, Escuela de Campo Freudiano de Caracas (Venezuela, Colombia, Ecuador), Escuela Europea de Psicoanálisis (España e Italia), Escuela de Orientación Lacaniana de Argentina y Escola Brasileira de Psicoanálisis.

Comienza con tres conferencias de J.A. Miller donde insiste en el carácter de repetición del síntoma que lo diferencia de otras formas del inconsciente. Entre otras cosas aborda la relación entre el discurso y el síntoma. El discurso como un ordenamiento de la distribución del goce que vincula un sujeto con otro y el síntoma también como un aparato que elabora el goce y empareja al sujeto con el objeto, con la mediación del Otro de la cultura. El discurso vale para muchos y el síntoma vale para uno.

La segunda parte está dedicada a Freud y los postfreudianos. Las conferencias de Freud sobre el sentido de los síntomas y los caminos de su formación, son el punto de partida para esclarecer que la gran aportación de Freud fue descubrir que el síntoma tiene un sentido que escapa al sujeto y que siempre es sexual y retroactivo.

En el recorrido por las distintas etapas de la teoría de Freud, la concepción del síntoma se dificulta con el descubrimiento del «más allá del principio del placer». El síntoma aparece en relación a la segunda tópica, con su carácter de compulsión a la repetición, en la que no está tan claro qué dis-

## LIBROS

placer evita el síntoma al yo, ni qué instancia puede satisfacerse. En su última obra de 1938 el síntoma es más bien la marca de una falta de satisfacción estructural del sujeto.

Se invita a reflexionar sobre lo que es el síntoma analítico que Freud define como el paso a la neurosis de transferencia, dar al síntoma una nueva significación basada en la transferencia.

La relación del síntoma con la identificación, como modo de apropiarse del objeto y con la sublimación que como sabemos es un destino de la pulsión, también están contempladas.

Interesante resulta el espacio dedicado al síntoma y las analistas postfreudianas –Ella Sharpe y Lucy Tower– que han contribuido a la teoría psicoanalítica y fueron sensibles a esas dos vertientes del síntoma: sentido y goce. No olvidemos que Joan Riviere al hablar de la mascarada femenina, toma la feminidad como un síntoma, que Lacan elevará a un rasgo de estructura del goce de las mujeres. Lo que Helen Deutch consideraba como síntoma, el masoquismo femenino, Lacan lo entenderá como ese modo femenino de prestarse al fantasma del hombre por el que la mujer tiene que pasar en el acceso al goce.

Con un capítulo sobre M. Klein termina la parte freudiana y comienza la tercera parte, dedicada a Lacan.

Lacan reproducirá a su manera el itinerario freudiano, comenzando por la suposición de cierta homogeneidad entre el síntoma y la palabra. Síntoma como mensaje cifrado. Llegará también a darse cuenta que la significación no es suficiente para dar cuenta del síntoma, que está hecho asimismo de materia gozante. A partir de 1964 en el seminario *Los cuatro conceptos* empieza a poner en juego el fantasma.

La sexuación y el síntoma es objeto de un escrito. Ya sabemos que se puede escribir la relación entre gametos pero no hay nada equivalente en el plano de la relación de un ser sexuado con otro. El trabajo de sexuación se impone al ser hablante ante esa imposible escritura de la relación sexual.

Otro capítulo trata el psicoanálisis como síntoma en el sentido que como discurso que es, también es una suplencia a la relación sexual que no hay. El discurso psicoanalítico lo hace mediante la transferencia pero para demostrar que la relación sexual es imposible.

La cuarta parte del volumen, dedicada a Síntoma y estructura, hace un extenso recorrido por las diferentes estructuras en relación al síntoma: histeria, neurosis obsesiva, fobia, perversión, paranoia, esquizofrenia, autismo, psicosis infantil, melancolía, fenómeno psicósomático y depresión.

Una última parte dedicada a la relación del síntoma con la ciencia, que es estrecha, teniendo en cuenta que la ciencia ignora el vínculo del síntoma con la subjetividad y dificulta que el sujeto pueda hacerse responsable de su síntoma. Algo de bastante actualidad.

Es, pues, un documento que animo a leer y consultar y al que podemos recurrir en nuestra búsqueda sobre el saber del síntoma del que el psicoanálisis ha hecho el punto de mira.

Victoria Torres

Pierre MOREL, *Dictionnaire biographique de la psychiatrie*, Le Plessis-Robinson, Synthélabo, 1996.

La magnífica colección de textos psi-

quiátricos y antropológicos «Les empêcheurs de penser en rond», de Synthélabo, se vio no hace mucho enriquecida al incorporar esta útil obra de consulta debida a la pluma de Pierre Morel. Los aficionados a la historia de la psiquiatría conocen bien que la tan manejada *Nouvelle histoire de la psychiatrie*, dirigida en 1983 por Jaques Postel y Claude Quérel y de la que hubo muy posterior traducción al castellano, se cerraba con un diccionario biográfico a cargo de Morel que contenía más de doscientas cincuenta entradas y constituía un acertado y extenso corolario a ese ya de por sí amplio manual. Editado ahora como obra independiente, el *Dictionnaire biographique de la psychiatrie* duplica sobradamente el monto de sus entradas, casi todas del autor, pero también conserva y añade las de otros especialistas como Roudinesco (Leclaire), Godefroy (Lacan), Peter Berner (Gaupp y su caso Wagner), Gineste (Itard y Victor de l'Aveyron), Major (Ellemerger), Torres (Cubí y Soler), del Pistoia, Tyrode, etc.

Numerosas adiciones se deben al criterio de no incluir personajes vivos, y en los trece años que separan ésta de la primera edición han sido muchas las bajas: Bettelheim, Winnicott, Laing, Ellemerger, Françoise Dolto, Leclaire, Anna Freud, etc. Otras parecen obedecer al propósito de incluir más autores americanos, nacionalidad quizá escasamente presente con anterioridad. Muchas otras, cabía esperarlo, tratan de psiquiatras franceses, pero nadie negará que la cuna de la joven ciencia alienista ha tenido mucho que decir en los primeros ciento cincuenta años de vida de «su» criatura. Anglosajones y germanos completan la mayoría, y los pueblos mediterráneos tienen, como los nórdicos, contadas apariciones (los españoles, además, casi siempre anteriores al siglo XIX, lo que

quizá constituya una lección de modestia –u otra nueva fuente de indignación– para nuestros hagiógrafos). El mismo Morel sale al paso de quien le critique «excesivas presencias» o «lamentables ausencias» diciendo con legítima ironía que, entre otras obligaciones, quien hace una antología también debe buscar, entre otros fines, su propio placer.

Sería tan absurdo como fatuo pretender un análisis exhaustivo de cualquier diccionario, más aún de éste, casi una pequeña enciclopedia. El estudioso encontrará en sus páginas una imprescindible obra de consulta que completa casi todos sus epígrafes con una precisa y bien escogida bibliografía. El curioso disfrutará sin frivolidades con la propuesta placentera de Morel si como Borges –tópica referencia al divertimento de leer enciclopedias– navega al azar por este libro y tropieza, por ejemplo, con Bjerre, médico sueco, hipnotizador, escultor y, sobre todo, *dilettante* pseudopsicoanalista, casado con la suegra de su hermano, amante de Lou Andréas-Salomé y que fue quien al parecer se la presentó a Freud pese a que ya años antes recibió las maldiciones de éste por sus cualidades personales y por su artículo «Cura radical de la paranoia crónica», de 1909, quizá en 1933 colofonado con «Hitler psicoterapeuta», lo que no obstante le condujo al nombramiento de profesor honorario de la Universidad de Estocolmo –esa ciudad con nombre de ese síndrome– en 1953; o arriba a François Boissier de la Croix de Sauvages, doctor en 1726 por Montpellier con su tesis titulada *Sobre si el amor puede ser curado con remedios extraídos de las plantas*, taxonomista de los trastornos mentales de criterio botanista y pluma infatigable –tres tomos abarca su clasificación–, y descriptor de la *parafronisis*, delirio pasajero y a menudo

## LIBROS

febril frecuente en los amigos de Baco que se ven bruscamente *a potu suspenso*, y que murió en 1767, es decir, cuarenta y seis años antes de que Thomas Sutton sustituyese la helénica *parafronisis* por el conocido latinajo *delirium tremens*. Y esto, sin salir de la letra B.

Consejo de Redacción (R. E. A.)

Paul ROAZEN, *Cómo trabajaba Freud. Comentarios directos de sus pacientes*, Barcelona, Paidós, 1998.

Paul Roazen, profesor de Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad de York (Toronto) y miembro de la Royal Society canadiense, es uno de los historiadores no hagiógrafos del psicoanálisis más conocidos, si no por lo abundante de su producción sí al menos por dos de sus primeras obras aparecidas al filo de 1970, *Hermano animal: la historia de Freud y Tausk* y *Freud y sus discípulos*, esta última su obra maestra. La base fundamental de su tarea ha estado constituida por el centenar de entrevistas que realizó a partir de 1964, setenta de ellas con personas que habían tenido trato directo con Freud y otras treinta con varios que habían vivido los primeros años del psicoanálisis, que le hicieron «[darme] cuenta con sorpresa de que ellas podían revelarme muchos más detalles sobre la historia y los personajes del círculo de Freud que los libros a través de los cuales me había sido dado conocer aquel período» (cfr. *Hermano animal*, Madrid, Alianza, 1973, p. 10). Ha continuado después publicando investigaciones sobre la familia de Freud, trabajos sobre Rado, etc.

Tres años después de su primera edición norteamericana, la colección Campo Freudiano de Paidós pone en circulación esta traducción, de contenido sin duda interesante pero de título algo engañoso. Errará quien por la portada piense encontrarse –«¡por fin!»– ante un libro sobre técnica psicoanalítica, y errará también quien se disponga a la lectura de historiales de la cura contados desde el lado horizontal del diván: no tanto «pacientes» como alumnos o meros intelectuales curiosos, los entrevistados por Roazen no hacen «revelaciones» novedosas de lo que ocurriese tras la puerta del 19 de la Berggasse, en parte porque ya el mismo Roazen –entre otros– lo contó en obras anteriores, y en parte porque no puede ser nunca fácil para el analizante –salvo como *ilusión* producto de sus resistencias– percibir los hilos técnicos que en la sesión esté manejando el analista. Por tanto, no serán esas las legítimas pegadas que puedan ponerse a esta última entrega de Roazen, pero sí cabe hacerle al menos otra, a nuestro entender sería, que tiene que ver con el *fair play* metodológico. Expliquémonos.

Las nueve entrevistas aquí condensadas datan de hace una treintena de años. Sus notas y su memoria, entre otras fuentes, permitieron a Roazen escribir sus obras anteriores, especialmente las dos ya mencionadas, *Hermano animal* y *Freud y sus discípulos*, ambas documentadas, detalladas y de amena e intensa escritura. Sin embargo, esta vez más parece que haya querido transcribir esos apuntes tomados a vuelapluma (casi ninguna entrevista fue grabada) sin dedicar demasiado tiempo a su estructuración. La redacción es deficiente, frecuentemente confusa –sin que parezca responsabilidad siempre achacable a la traducción– y a veces incoherente, y no es raro que los contenidos de una misma

entrevista aparezcan desordenados y sin sistematizar (y no porque se busque la autenticidad periodística del directo).

Con todo, se manifiesta siempre la buena opinión que estos candidatos tuvieron de su maestro y la sensación de haber sido atentamente escuchados y parcialmente ayudados. Pero el libro transmite casi exclusivamente el interés de Freud en estructurar con sólidos y pragmáticos cimientos el movimiento psicoanalítico como institución. Roazen ha preferido hablar más de la trama de relaciones personales, familiares y profesionales tanto de Freud con sus seguidores como de éstos entre sí, pero sin que los datos que nos ofrece adquieran siempre a nuestros ojos la suficiente envergadura, con lo que una obra que, al menos, podría aportar algo a la historia *política* de los inicios del Psicoanálisis se ve lastrada por la tendencia a la información irrelevante o monocorde, navegando a veces por aguas peligrosamente cercanas a las de ciertos semanarios ilustrados. La palabra de los entrevistados (Hirst, David y Mark Brunswick, Edith Jackson, Jokl, Kata Levy, Irmarita Putnam, Eva Rosenfeld, James y Alix Strachey), fraccionada y carente de una mínima elaboración por parte del historiador, no termina de convertirse en historia. No es mero chismorreo, por supuesto, o sólo en muy pequeño porcentaje, pero no cumple razonablemente lo que cabría esperar del título ni de su autor. Quizá la clave pueda ser de nuevo hallada en la introducción a *Hermano animal*: en ella explica Roazen que, en 1964, inició tal cadena de entrevistas tras años de preparar un trabajo publicado con el título de *Freud: Political and Social Thought* (Nueva York, Alfred A. Knopf, 1964), por lo que quizá cuando las hizo recabó más bien datos referentes a la

«organización» psicoanalítica, más que a la clínica o a la técnica.

Esta última, pese a lo dicho, sí está presente en la obra que comentamos, pero casi siempre como omisiones y contravenciones del maestro hacia las normas que –casi siempre ellos y no él– propagaron sus discípulos, y, dentro de ellos, sobre todo los de la «segunda generación», pues los de «la primera» siempre han aparecido como más libres, más creativos a la vez que más sensatos (pero esto nos llevaría al debate «americanos *versus* europeos», o al «kleinianos *versus* no kleinianos», y aún a otros que tampoco son objeto de esta reseña). Explicita Roazen una reflexión interesante: Freud va estableciendo una técnica que se adecua a su personalidad, por supuesto, pero hay otro factor que la conforma que ni siquiera es percibido por el descubridor de la *transferencia* ni por sus seguidores. Precisamente, la transferencia que los pacientes establecen con Freud no es la misma que establecerían con otro analista, y sin embargo este último está tratando de actuar según unas normas dimanantes de una situación que sólo con Freud podría darse. Esta es, *grosso modo*, la lección más interesante de este libro, muy por encima de si Freud comentaba con los pacientes los periódicos, se los llevaba de vacaciones, rompía sus silencios con golpecitos en la cabecera del diván, canturreaba o no, y demás archisabida pacotilla. Seguir a través de los sucesivos capítulos esa idea que Roazen resalta, asumir su insoslayable verdad, revitaliza el siempre vivo debate sobre el aprendizaje de las normas y destrezas necesarias para ejercer cualquier método psicoterapéutico, sobre sus posibles o imposibles «manualizaciones», sobre si dentro de las escuelas caben o no «estilos», sobre cuánto tenga esa labor de «artístico»

## LIBROS

y cuánto de «científico», sobre las distancias entre la rigidez estéril y la no menos capada heterodoxia irreflexiva, etc.

Y quizá también sirva este libro para acabar con un tópico al parecer inevitable en todo texto sobre técnica freudiana, el de citar la consabida frase «Haced lo que os digo, no lo que hago», ya que tanto éste como los demás parecen sometidos al *fatum* de otra sentencia más tardía, pronunciada por un Freud anciano, enfermo y exiliado, cuando vio la cariñosa reconstrucción de su despacho llevada a cabo por familiares y amigos en su postrera residencia londinense: «Todo está aquí, menos yo».

Consejo de Redacción (R. E. A.)

Demetrio BARCIA, *Historia de la Psiquiatría Española / History of the Spanish Psychiatry*, Tres Cantos (Madrid), Janssen-Cilag / You & Us, 1998.

El lector sorprendido ante la bilingüe portada ya no se extrañará al abrir este libro de que el texto también lo sea, y habrá de concluir que el prolífico profesor Barcia (tres obras suyas han aparecido o reaparecido en menos de un semestre) busca difundir a los cuatro vientos su visión de la historia de la psiquiatría patria. Y no sólo el inglés y el castellano serán las lenguas en que exprese tal relato, pues bajo esas herramientas formales hay otros dos lenguajes perfectamente audibles: el de la afición por la Historia, que nos comunica el placer de estudiarla y de narrarla, y el de una cierta exaltación patriótica, a ratos temeraria, que reclama para nuestro país unas primacías si no dudosas sí sujetas a un debate recalci-

trante que sólo encuentra solución aparente en el soslayo escéptico o en el posicionamiento ideológico. Afirmar, por ejemplo, que del acto fundacional del padre Jofré —fuese o no el primer fundador de manicomios— derivó «la primera Red asistencial en el mundo» en la España de los siglos XV a XVIII, es, a nuestro parecer, confundir el concepto de «red» con la mera existencia de una corta decena de puntos asilares repartidos por la Península, y el de «asistencia» con el de beneficencia más o menos —más bien menos— sanitizada. Hablar de la «proyección universal» de la obra de J. J. López Ibor, de la «superación» del Psicoanálisis que éste, Sarró y otros hispanos coetáneos, según Barcia, consiguieron, o reducir la Psiquiatría española actual sólo a los presuntos logros del ámbito académico, es ostensiblemente una toma de postura que merma los alcances de este libro, construyéndolo a modo de los *diccionarios de autor* a una selección un tanto caprichosa de los objetos de estudio y del estilo de su descripción. Vaya por delante que somos partidarios *a priori* de la legitimidad de ciertos caprichos, pero conlleva esto el precio de derivar hacia el *capricho* literario o, como mínimo, hacia el terreno de la opinión. Quizá la Historia, ni siquiera conocida por quien en cada momento la está viviendo, no sea sino otra clase de *narración*, y no pueda nunca dejar de estar sujeta a la humana necesidad de contar con mitos protectores, opinión esta, desde luego, para la que no reclamamos ningún pionerismo.

Esto aparte, son varios los méritos que reconocemos a este libro. El primero, quizá, que no es frecuente encontrar monografías que intenten dar panorámicamente cuenta de *toda* la historia de la atención a la salud mental en España, y así este libro de

Barcia resulta otra útil primera aproximación que jalona para el curioso suficientes posibles puntos de interés. El segundo, una profusión de notas bibliográficas que permiten contrastar la obligada condensación hecha por el autor con las fuentes utilizadas para llegar a sus conclusiones, con lo cual la obra queda menos cerrada de lo que por lo hasta ahora dicho pudiera parecer. En tercer lugar, esas notas están abundantemente salpicadas por resúmenes biográficos de casi todos los personajes que desfilan por sus páginas, situándolos adecuadamente en el marco histórico en que les tocó vivir. Y por último, son destacables muchos aspectos del estudio de nuestros «Siglos de Oro», que, como es sabido, fueron más de uno.

Estructurado en tres partes («Psicoterapia, Psicología Médica, Medicina Psicosomática», «La Asistencia Psiquiátrica en España» e «Historia de la Psiquiatría Española como ciencia médica»), este breve trabajo del profesor Barcia constituye un útil compendio de datos dispersos en revistas especializadas. Ampliarlo y abundar en su contenido es una tarea que, así facilitada, corresponderá al lector.

Consejo de Redacción (R. E. A.)

Michelle PERROT, *Mujeres en la ciudad*, Santiago de Chile, A. Bello, 1997.

La editorial Textuel de París está publicando desde 1995 una serie de libros de conversaciones (con DUBY, Chartier, Le Goff, etc.), que buscan claramente una confrontación entre el pasado histórico y la actualidad. Por fortuna, estos libros, ilustrados con oportunidad y gran belleza, han ido

apareciendo casi a la vez en castellano gracias a la editorial Andrés Bello de Santiago de Chile. Este es el caso de la entrevista con Michelle Perrot, en donde, eso sí, el título ha sido modificado: las *Mujeres en la ciudad* eran originalmente *Femmes publiques*.

Pues, con un punto de provocación necesaria, indica Perrot que en el espacio público —el de la ciudad, el de la ciudadana— los hombres y las mujeres se sitúan en posiciones opuestas de la escala de valores: hombre público y mujer pública se oponen como día y noche, como lo mostrado y lo escondido, como lo «propio» y lo «impropio».

Y es que, pese a que el lugar de las mujeres en el espacio público haya sido problemático desde comienzos del mundo occidental, es precisamente este valor *representativo*, además por supuesto del valor fáctico, el que conviene reconocer y subrayar para ir modificando, en todos los terrenos, una imagen omnímoda del poder masculino que pasa por encima de las grandes modificaciones que efectivamente han tenido lugar en Europa y en España en los últimos años. El reparto de «espacios» en la ciudad ha venido subvirtiéndose en las décadas recientes, gracias en parte al trabajo de las organizaciones feministas; y este libro de la gran historiadora social y de las mujeres, en particular, nos los recuerda.

Perrot propone en cuatro partes, bastante vinculadas entre sí, descripciones de la historia contemporánea desde ese ángulo —imágenes de mujeres, lugares de mujeres, palabras de mujeres, frente de mujeres— que culminan con una sección cuyo rótulo significativamente se distorsiona, *resistencia a las mujeres*, y donde afronta el porvenir de aquellos lugares en los que se anuncian posibles fracturas. Tales lugares y

## LIBROS

tales fracturas deberían de conducir a la apertura total del espacio público para todos los futuros *ciudadanos*.

Todos nosotros, y especialmente las ciudadanas, saben bien que hay, y seguirá habiendo en «nombre de muchas cosas», obstáculos para ello. Nos espera, pues, un trabajo colectivo. Y este libro lo muestra. A la inteligencia llena de matices, a la clara sabiduría de Michelle Perrot ha de añadirse su constante referencia a la mejor bibliografía que se ha producido en los noventa sobre este problema clave. ¿No resulta llamativo que casi todos estos libros hayan sido escritos por mujeres?

Consejo de Redacción (M. J.)

Hugo von HOFMANNSTHAL, *Instantes griegos y otros sueños*, Valladolid, Cuatro (distr.: Siglo XXI), 1998.

Una parte importante del ensayo incomparable de A. Janik y S. Toulmin, *La Viena de Wittgenstein* (Madrid, Taurus, 1974), estaba dedicada a revisar la vida y las obras de un artista que había abordado los conflictos del lenguaje y la disociación contemporáneas: Hugo von Hofmannsthal (1875-1929). Pues los caminos hacia Freud son infinitos, y uno de ellos es el de la trayectoria singular de este gran escritor del siglo XX, cuya obra y cuya crítica fueron ocultadas por el nazismo, y que hoy, después de unos años más en sombra, se reconoce como una de las más importantes de Europa.

Ya en otro libro clásico, Carl Schorske, al escribir sobre «Política y psique: Schnitzler y Hofmannsthal» (*Viena fin-de-siècle*, Barcelona, Gustavo-Gili, 1981),

analizaba el trasfondo cultural de una Viena cada vez más presente en la cultura del siglo XX, y que se aprecia de inmediato en estos *Instantes griegos y otros sueños*. El libro reúne catorce escritos clave de Hofmannsthal, escritor emblemático de esa Viena postrera, que están en la frontera entre la memoria literaria y el ensayo y que fueron redactados entre 1893 y 1914, en vísperas de la desaparición del Imperio Austrohúngaro: la Kakania de Robert Musil (y de Freud).

Hoy sabemos mejor que esos años determinaron el arte y la vida de nuestro siglo. Y Hofmannsthal, que conocía la obra de Freud, aborda muchos de los temas que serán desarrollados por Musil, Kafka o Broch, autor éste de un libro indispensable «Hofmannsthal y su tiempo», incluido en *Poesía e investigación* (Barcelona, Barral, 1974). Su lectura nos permite además entender obras como las de Thomas Bernhard, comprobando cómo romanticismo y crítica ilustrada se desarrollaron con singular vigor en Austria desde mediados del siglo XIX hasta hoy. Hofmannsthal alcanzó gran reputación como poeta muy joven, siendo comparado con Hölderlin, Keats, Rimbaud. Toda su vida estuvo dedicada a la creación literaria, incluyendo la colaboración en las grandes óperas de Richard Strauss (destacando especialmente su *Elektra*). Sus contemporáneos Thomas Mann, Arthur Schnitzler defendieron su figura, y otro tanto sucedió con el aún joven Walter Benjamin, quien redactó tres artículos notables poco antes de la repentina muerte de Hofmannsthal en 1929.

Se han traducido en España pocos libros suyos: los aforismos, *El libro de los amigos*, dos relatos excepcionales, *Andreas o los unidos* y *La mujer sin sombra*. Su breve *Carta de lord Chandos*, aparecida en la re-

vista *Poesía* y publicada luego por Arquitectura de Murcia (ambos en 1981) ha sido objeto de grandes comentarios, dada la expresión tan inquietante de un derrumbe personal que ha querido verse como síntoma de la «esquizofrenia» personal y cultural de los ciudadanos del siglo XX: «Mi caso es,

en dos palabras, el siguiente: he perdido completamente la facultad de pensar o hablar con coherencia sobre cualquier cosa... Al principio, se me fue volviendo imposible discutir sobre un tema elevado o general y pronunciar aquellas palabras tan fáciles de usar que cualquier hombre puede



## LOS JUICIOS DE LA HISTORIA

servirse de ellas sin esfuerzo. Sentía un malestar inexplicable sólo con pronunciar ‘espíritu’, ‘alma’ o ‘cuerpo’. Encontraba imposible dar un juicio en mi interior acerca de los asuntos de la corte, los sucesos del parlamento o lo que queráis... porque las palabras abstractas que usa la lengua de modo natural para sacar a la luz cualquier tipo de juicio se me deshacían en la boca como hongos podridos».

Una parte de estos *Instantes griegos y otros sueños* prolongan esta disección interior, ahondan incluso en una escisión que ha servido para largas consideraciones psiquiátricas de todo tipo. Pues al mismo tiempo que los psiquiatras y psicólogos de su tiempo –Richet, Beaunis, Tarde, Binet, Ribot, Janet o el propio Freud–, los problemas del desdoblamiento y de la extrañeza vital fueron abordados originalmente por el gran escritor vienés, mal conocido en España también en este punto. Diversos libros han abordado esta «psicología literaria» suya, contemporánea de los descubrimientos freudianos; citemos uno clásico y otro más reciente: G. Wundberg, *Der frühe Hofmannsthal. Schizophrenie als dichterische Struktur*, Stuttgart, Kohlhammer, 1965; W. Wiethölter, *Hofmannsthal oder die Geometrie des Subjekts*, Tubinga, Niemaier, 1990.

En fin, este libro es imprescindible para comprender no sólo su literatura sino también para ver de otro modo la conciencia frágil y dubitativa de la cultura del siglo XX. Cabe leerlo, por consiguiente, de muchas formas; más aún por cuanto está servido con el mejor instrumento de Hofmannsthal, el lenguaje: la traducción de Marciano Villanueva está a la altura de ese viejo –y, desde luego, joven–, maestro.

Elías Rubín

No es enteramente cierto que el tiempo sea un juez justo y ecuánime. En ocasiones, confiamos a la historia el castigo o la reparación que nosotros, perezosos y algo aprovechados, pasamos por alto. Pero el tiempo unas veces se olvida y no nos hace caso y otras, en cambio, reaparece con su recuerdo y nos zarandea obligándonos a explicarnos.

Gregorio Morán acaba de publicar un libro –*El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* (Barcelona, Tusquets, 1998)– cuya fibra sacude a todos los que leen: a los que oído de qué va se niegan por prejuicio a conocerle, a los que le empiezan y pronto se les cae de las manos por descalificador y truculento, a los que le devoran con el ánimo de un juicio pendiente y, por último, a los que le asimilan poco a poco, animados por tantos ecos del pasado que descubren en el presente. De hecho, la acogida que ha recibido se ha convertido en la razón misma del libro. Pocos textos recientes, como éste, apoyan con tanto vigor a los críticos literarios que confían a la «recepción» de un libro no el resultado proporcional a la calidad de sus contenidos, sino un valor intrínseco que hace del lector un genuino coautor del mismo.

No es poca, moralmente hablando, la tarea que le incumbe al lector en este caso. Pues, según va deshojando el volumen, no sólo se tropieza con revelaciones más o menos sabidas, pero que confirmadas con una cita o con un dato se convierten en sobresaltos, sino que salvando, claro está, las lógicas diferencias sociales, se ve invadido por parecidos pegajosos del presente con fulano y con mengano, suficientes para hacer también del texto un documento inquietante y solícito. A la vez que, por si fuera poco, se le vienen encima algunas de

las grandes cuestiones éticas que hacen del hombre un hombre y de la sociedad una sociedad: la memoria y el olvido, el perdón y la venganza, el arrepentimiento y el silencio, la cultura y la ignorancia, el escarnio, reversible o no, de algunas decisiones irreversibles.

Al autor le pueden llover elogios y varapalos por todos los costados, pues si bien la obra se lee, como todas, desde el presente, este libro del pasado obliga, más que otros, a hacerlo presentísimamente. Una guerra civil de opiniones parece reanimar el discurso infame de vencedores y vencidos. Recojo como inicial muestra las siguientes: «¡Vaya!, un periodista vanidoso venido a filósofo e historiador» – «¿Pero acaso cualquiera, sea diseñador, músico o capellán, no puede ser dueño de la cultura necesaria para arremeter contra el olvido?». «Renace el ánimo justiciero de los débiles y resentidos» – «Pero una cosa es no pedir cuentas ni ofender para refundar de nuevo una sociedad en paz, y otra negar las evidencias para ocultar quién es quien y quién ha sido cada cual. Sólo así se puede justificar en vez ajusticiar». «Más vale dejar las cosas tal y como están y no remover la suciedad que acabará por pringarnos» – «Es inútil, lo inolvidable siempre resurge, irrestañable y contrito como una fatalidad, así que bien conviene tener limpio el comedor para que cada uno, sentado en su sitio, vaya digiriendo lo suyo sin necesidad de tirarse los platos». «Aquello fue un tiempo de excepción cuyos modos y estilo parecen haber contagiado al autor» – «El recuerdo es la única justicia que esperan las víctimas y

que les adeudamos, por lo que conviene resucitar a su favor el lenguaje de los muertos, de los exiliados y de todos aquellos que permanecieron callados e insobornables ante las circunstancias, contentos con susurrarse a sí mismos el arrullo sereno y solitario de la dignidad». «Allí no hubo ni buenos ni malos, todos cometieron excesos y grandes errores» – «Cierto, pero una cosa es equivocarse voluntariamente del lado de los totalitarios, otra bandearse entre los dos lados de la trinchera sin perder los resortes morales, y otra tener que sufrir, muy a su pesar, indomables en sus principios y sin pasarse al enemigo, tanto las crueldades impuestas por la guerra como la traición de los ideales perpetrada por las mil facciones del fanatismo».

A la postre, la historia es tan injusta y comprometida como la vida. No es equiparable, desde el punto de vista de la moral pública y privada, vivir en la España de Franco, en los tiempos de la transición o ahora ante la indulgente alternancia. No es justo que uno nazca cuando corre la sangre y no hay más domicilio que el haz o el envés, mientras que otros lo hagan cuando el compromiso político es múltiple o cuando no está mal visto ser algo indiferente. Para unos peligraba la vida, para otros la dosis de libertad y hoy lo hace algo así como el desprecio de la pobreza y la humanidad. Sin embargo, las cosas son como son, de más lustre y sabor para los primeros pero también más difíciles y trágicas. Tanto que encima, bastantes años después, tienen que soportar vivamente, muertos o no, un juicio inacabable sobre su decisiones. Sin

## LIBROS

embargo, lo ruin no es lo oportuno o intempestivo del recuerdo sino vivir en un tiempo bajo las actitudes mentales de otro. Vivir, por ejemplo, durante el franquismo con la manga ancha del presente, o en la actualidad sin desprenderse del maniqueísmo de socialistas y populares, de parias e intocables, de nihilistas y creyentes.

Junto a la distinta factura que pasan los tiempos, otro problema que el libro despierta, y no es el menor, viene de la desconfianza que sentimos frente al espectáculo del arrepentimiento y ante todo cambio confesado de opinión. Pero dicho en general y no sólo sobre ciertos cambios de militancia política, credo religioso o ideología. Porque, sobre cuestiones decisorias y nucleares de la persona, ya pasada la infancia, uno, aunque perdone y admita la evolución, las crisis y la duplicidad, no cree en los cambios y sospecha que las mismas causas que nos empujaron a una decisión relevante permanecen adormecidas y larvadas pero, en realidad, incólumes. Quien fue sigue siendo, quien hizo retiene su capacidad. En el fondo, nadie cambia, entre otras cosas porque las raíces del hombre subsisten enterradas. Es cosa difícil desnudarse enteramente de hombre, vino a decir Pirrón como para llamarnos a desconfiar de las astucias de la sinceridad. Y, sin embargo, existe la condescendencia y la magnanimidad, como existe la necesidad de convivir y la posibilidad de que todos nos conciliemos con nuestro pasado. Incluso con el de ellos, por lo que debemos empezar por conocerle para saber, entre otras cosas, quiénes somos y qué hemos heredado sus sucesores de aquella catástrofe, de aquella bancarrota que repica y resuena en la memoria como un alerta incesante.